

Filosofía de los Estudios Latinoamericanos: una primera aproximación

Por Andrzej DEMBICZ*

Para la mirada europea, toda la América española es una sola imagen, un solo valor [.] Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso produce falsas generalizaciones [.] tiene, sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero [] el hecho fundamental de que somos esencialmente "unos", de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas [.] y de que lo seremos aún más en el futuro

José Enrique Rodó, Testamento americanista

ESTAS PALABRAS FUERON ESCRITAS POR RODÓ EN 1916, es decir hace casi cien años y, en cierto sentido, fueron proféticas tanto para las interpretaciones de la América no-aglosajona, "desde afuera", como también "desde adentro". Por cierto, es de sobra conocido que cuando se lanzó el denominativo América Latina fue en plural: *les Amériques latines*, remarcándose de tal manera su tremenda diversidad interna, pero tuvo mucha razón Rodó al decir que "seremos [uno] aún más en el futuro", ya que esta unidad se vio consagrada política y económicamente a nivel internacional intra y extra latinoamericano durante los últimos sesenta años.

A primera vista, política y académicamente la situación parece muy clara: hay límites políticos para Latinoamérica y el Caribe, reconocidos por la comunidad nacional e internacionalmente y, por lo tanto, no hay motivo de discusión formal. Sabemos hasta dónde llega América Latina y, entonces, sus estudiosos saben de los territorios, sociedades y espacios sociales susceptibles de análisis. Y, efectivamente, ésa es la idea que tienen los alumnos de maestría en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia (CESLA) y de cualquier otro centro de docencia latinoamericanista en Europa, América Latina, Estados Unidos, Japón o Nueva Zelanda.

Y precisamente aquí empieza una serie de dudas sobre si tal interpretación resulta epistemológicamente correcta, siendo varias las razones que

* Presidente del Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina (CEISAL) y profesor en la Universidad de Varsovia. E-mail: <aadembicz@uw.edu.pl>

incitan a esto. Inclusive he llegado a dudar si hoy en día es intelectual o académicamente correcta la denominación América Latina. Desde el punto de vista político parece que no existen dudas. Pero, desde otros puntos de vista, quién sabe. ¿Que estoy diciendo herejías? Tal vez, pero son unas herejías obligadas. Tal vez mi planteamiento no lleve a revoluciones conceptuales ni interpretativas pero sí, espero, pueda invitar al debate. Y, por esto, permítase primero exponer mis dudas y las razones de las mismas.

Las dudas nacen de mis estudios sobre las culturas americanas (para aclarar: de las Américas) y de mis investigaciones sobre la evolución de los Estudios Latinoamericanos entendidos según los cánones académicos de la segunda mitad del siglo XX. Por cierto, a finales de esa época se habló no sólo de Estudios Latinoamericanos sino también empezó a hablarse del latinoamericano como un conjunto de valores a seguir y promover entre los latinoamericanos y los latinoamericanistas, ya que todos los estudios de Latinoamérica deberíamos ser creyentes y seguidores de esta fe.

Aquí necesito hacer un *nota bene*. Estoy muy consciente de que existe todo un debate, tanto abierto como soterrado, sobre la posición privilegiada y legitimada por una razón moral de los latinoamericanos para estudiar sus propios problemas. Es importante el reflejo de los procesos histórico en el presente análisis, sin embargo, en esta no analizaré a fondo tal cuestión que aunque importante para la evolución general de la filosofía de Estudios Latinoamericanos, la considero de menor peso para los aspectos aquí tratados.

Para desarrollar las ideas antes expresadas empezaré por describir la evolución de los Estudios Latinoamericanos que, como se ha dicho, fue una de las pautas a seguir en el problema. Me dediqué a esta cuestión a principios de los años noventa del siglo pasado, hecho que coincidió con el inicio de la docencia en Estudios Latinoamericanos en el CESLA y los programas de cursos de especialización en América Latina, que finalmente se convirtieron en la maestría en Estudios Latinoamericanos (en 2011). Estábamos convencidos que parte de las asignaturas generales básicas como la antropología, la historia, la geografía, la economía de América Latina y otras asignaturas disciplinarias o interdisciplinarias, también deberíamos ofrecer a los alumnos un conocimiento básico sobre "cómo se iban acumulando los conocimientos y forjando interpretaciones sobre la región, y cuál era la situación del latinoamericanismo en las distintas partes del mundo". La asignatura, concebida en forma teórica en un principio, evolucionó en la práctica durante unos diez años hasta convertirse en el curso semestral titulado "Filosofía del conocer de las Américas".

Me pareció conveniente remarcar estas premisas para subrayar un hecho de importancia. No se trataba sólo de una investigación básica sobre el problema en sí, cuyos resultados son propiedad y responsabilidad del sujeto investigador, sino que apuntaba a construir una red de conocimientos e interpretaciones que servirían, en primer lugar, para formar nuevas filas de "latinoamericanistas" o, sencillamente, de "americanistas".

Ahora, al hacer la historia de la penetración científica y de los descubrimientos intelectuales, de producciones literarias y de interpretaciones, es obligado, para no caer en falsedades, percibir la historicidad de enfoques y de denominaciones. Por lo tanto, desde el siglo XVI y hasta el XIX, se habla de la distancia índole de la literatura (cronistas, biografía, informativa, analítica, de fábula, científica etc.) de América, de las Indias Occidentales, de los indios o de los americanos; no de otra manera hay que transmitir los conocimientos sobre parte del mundo que, convencionalmente, hoy llamamos América Latina. Tal nombre surge como un concepto a mediados del siglo XIX y gana realmente ciudadanía regional y universal en 1948 a partir de la creación de la CEPAL. De paso, puede ser interesante recordar aquí que por primera vez el denominativo, *yo Iberoamérica* empieza con cierta frecuencia a partir del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América en 1892, y el de América Latina sólo prolifera apenas avanzado ya el siglo XX.

Un excelente ejemplo de tal evolución interpretativa son los congresos internacionales de americanistas que inician en 1875 en Nancy, Francia, como efecto de la necesidad de un mejor intercambio de ideas entre los que estaban estudiando a América, y luego a las Américas. Y siguen llamándose "de americanistas", a pesar de que casi desde el inicio los temas mayoritariamente tratados fueron los de la América vinculada a las raíces culturales americo-ibéricas, que en la segunda mitad del siglo XX son más de 90%. Nuestros esfuerzos por promover la temática de la América Anglosajona en el quincuagésimo Congreso en Varsovia, en el año 2000, dieron un resultado bastante pobre, mientras que durante el siguiente congreso, en el año 2003 en Santiago, la situación volvió a la rutina de las últimas décadas, especialmente de los congresos celebrados en Latinoamérica, casi 100% fueron de enfoques y ponencias dedicadas a América Latina.

Estamos, entonces, desde hace casi cien años, en situación de disyuntivas tanto terminológicas como conceptuales en cuanto a los estudios de América y especialmente de América Latina. Particularmente desde que empieza la gran tendencia a la interdisciplinariedad y transdisciplinariedad en humanidades y ciencias sociales dedicada a los Estudios

Latinoamericanos. Para abordar mejor el fenómeno referido hay que tener presente que desde la mitad del siglo XIX se dan (en parte simultánea en parte consecutivamente) varios procesos que se complementan pero que, a la vez, desde el punto de vista de la “filosofía del conocer de las Américas”, pueden contradecirse también.

En primer lugar, una constante y dinámica ampliación disciplinaria de intereses. De las tres o cuatro disciplinas iniciales —historia, antropología física y cultural, lingüística y geografía— llega a constituirse un amplísimo abanico de disciplinas y ramas del saber en Estudios Latinoamericanos. Algunas de estas disciplinas, especialmente la antropología, tanto la física como la cultural, y la lingüística no tienen problemas al denominar su área geográfica de estudio, ya que es sencillamente América, Mesoamérica, Área andina etc. Hay inclusive en algunos idiomas, como en alemán, denominaciones específicas para nombrar áreas de estudios antropológicos, etnohistóricos y arqueológicos, que es *Altamerikanistik*. Otras sí tienen que definir claramente su área geográfico-político-cultural, y entonces es América Latina, tanto por razones de conveniencia ideológica como por la tradición ya establecida.

El segundo proceso fue, y parcialmente sigue siendo, el de la acelerada formación identitaria de América Latina, en buena parte en oposición a la América anglosajona continental. Durante toda una época, que se remonta a mediados del siglo XIX, se han acuñado posiciones ideológicas (convertidas en paradigmas académicos) que durante las últimas décadas influyen sobre la formación identitaria actualmente dominante. Por esa misma razón en la ceremonia de inauguración del 51 Congreso de Americanistas, el canciller chileno se refería al “Congreso de Latinoamericanistas” y al “Congreso de Nuestra América”.

El tercer proceso, que contradice al anterior y académicamente conduce a cierto tipo de esquizofrenia conceptual, es básicamente el de la interamericanización de la América Latina en sus áreas políticas, culturales y económicas. Proceso iniciado hace más de cien años, pero de tremenda aceleración desde la mitad del siglo XX. Al fenómeno de la dimensión interamericana de América Latina nos referiremos, sin embargo, más adelante.

El siguiente proceso que hay que tomar en cuenta es el de la acelerada institucionalización de las investigaciones regionales. A partir de 1950 los estudios sobre las Américas, correspondiéndose con la acentuación de la regionalización político-cultural del mundo bajo los auspicios de la Organización de las Naciones Unidas, se ramifican muy claramente en los American Studies y los Estudios Latinoamericanos (y/o iberoamericanos). Los American Studies (que en español pudiéramos llamar muy co-

rectamente “estudios estadounidenses”) buscan y crean su propia conceptualidad y enfoques y se alejan totalmente del tronco original americanista, llamándose sus cultivadores a sí mismos “the Americanists”. Los Estudios Latinoamericanos, en tanto, adquiriendo tremendo auge a nivel mundial, siguen bastante fielmente los ideales americanistas iniciales, evolucionando conceptual y temáticamente, entre otras, hacia la inter y transdisciplinariedad. Aquí, hay que recordar sólo de paso que los American Studies se adueñaron de la denominación “estudios americanos”, frente a la indiferencia total de los “correligionarios del latinoamericanismo”.

La siguiente tendencia la componen la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad que avanzaron simultáneamente con la inclusión de nuevas disciplinas y áreas de estudio como economía, sociología, jurisprudencia y luego, derechos humanos, estudios de género etc. De los congresos internacionales de americanistas desaparecieron grandes secciones disciplinarias que habían surgido y provocado una verdadera revolución en su organización a partir de 1920. Actualmente se subordina la organización de los congresos de americanistas y de latinoamericanistas del Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina (CEISAL), o de la Federación de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC) y de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe (SOLAR) a secciones enfocadas hacia los problemas de investigación.

La tendencia a conservar la tradición americanista que parte del principio de que es imposible entender una parte de la América sin haberse tomado en cuenta la otra se mantiene e inclusive está fortaleciéndose. Dos de las más antiguas revistas científicas en teoría dedicadas a “Hispanoamérica” una y a América Latina la otra, llevan en su título *América*. La primera es el *Anuario de Estudios Americanos* (de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla) y la otra es *Cuadernos Americanos* (del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, México), dirigida durante largos años por el inolvidable Leopoldo Zea, maestro de tantas generaciones de americanistas. Recientemente, a iniciativa del CEISAL y de la Red de Documentación e Información de América Latina (REDIAL) surgió una revista europea orientada hacia un latinoamericanismo más abierto y respetuoso de sus raíces: *Anuario Americanista Europeo*. Por cierto, este título provocó un debate conceptual bastante acalorado en el seno del CEISAL entre el ala ortodoxa del latinoamericanismo antiestadounidense y los partidarios del latinoamericanismo abierto o “interamericanista”, como lo he llamado en el ensayo

publicado en 2003 en *Cuadernos Americanos*. El título finalmente adoptado indica claramente a los ganadores de la contienda.

Éstas son las premisas históricas, formadoras de la filosofía de los Estudios Latinoamericanos que emanan del larguísimo proceso de conocer e interpretar a América. Creo que sobre la base de los elementos y argumentos sería permitido concluir que el periodo de los últimos cincuenta o seenta años de lo actualmente llamados “Estudio Latinoamericanos” (denominados también “latinoamericanistas”) se puede considerar alternativa o complementariamente como: *a)* efecto de una evolución intelectual natural de estudios sobre América; *b)* efecto de una evolución intelectual bajo fuertes presiones políticas y culturales externas; *c)* una anomalía frente a la evolución anterior (desde el siglo xvi hasta principios del xx) de los estudios “americanos” (o de América).

o obstante, muy probablemente estamos frente a la coexistencia de las tres alternativas y de la coactuación de los numerosos factores presentes en cada una de ellas, ya que en realidad fueron numerosísimos los factores que influyeron sobre el curso del “americanismo”, ya sea estudios o interpretaciones conceptuales y filosóficas sobre las Américas como objetivo de inquietud intelectual.

Queda aún por ver más de cerca la cuestión de lo que en uno de los párrafos anteriores fue llamado “latinoamericanismo interamericanista” o “Estudios Latinoamericanos interamericanistas”, efecto de una reflexión sobre la dimensión cultural y social de América Latina en el marco de las Américas o del continente americano. En algunos de mis textos, publicados durante los últimos dos o tres años, planteo muy abiertamente que América Latina es un fenómeno y una estructura sociocultural pluridimensional, y que limitarse intelectualmente a su dimensión espacial marcada por sus fronteras político-geográficas significa darle un enfoque bastante escolar, empobrecedor en cuanto a los problemas y temáticas de estudio. A mi juicio, hay por lo menos tres dimensiones espaciales más (aparte de la dimensión político-geográfica escolar) bien formadas y una en proceso de formación. Las tres perceptibles son: la dimensión inter-americana de América Latina, la dimensión iberoamericana de América Latina, la dimensión euroamericana de América Latina. La dimensión asiático-americana de América Latina está en proceso de formación, con una dinámica bastante acelerada en ciertos espacios.

Como es fácil percatarse, estas dimensiones significan expansión de América Latina más allá de sus límites político-geográficos, hacia espacios políticos extralatinamericanos. Esta expansión puede tener perfiles variados: demográficos, sociales, culturales o económicos, cada uno con sus diferentes aspectos. De las cuatro dimensiones mencionadas, la más

perceptible hoy en día parece ser la dimensión interamericana, surgida del juego de numerosísimos factores históricos y contemporáneos, y compuesta por un sinnúmero de elementos, incluyendo ámbitos y hasta espacios sociales construidos por subculturas y hasta culturas específicas, efecto de evolución endógena en un contexto ajeno o de simbiosis con un ambiente extraño.

Estamos muy acostumbrados a medir la dimensión interamericana de América Latina con la presencia demográfica de “latinos” en Estados Unidos. Los 25 millones de latinoamericanos legales dibujaban sobre el mapa de aquel país, en el año 2000, manchas compactas e islas más o menos densas en sus distintas partes, llegando a constituir porcentajes considerables de la población total, como en Miami, Los Ángeles o Nueva York.

Sin embargo, éste es el indicador más burdo de entre los posibles a tomar en cuenta y el fenómeno más sencillo de entre todos los que serían susceptibles de una investigación social latinoamericanista. A mi juicio, no sólo los básicos, sino precisamente los muy complejos problemas humanos y sociales que surgen de la expansión demográfica latinoamericana en Estados Unidos de América deberían ser de interés sustancial para los Estudios Latinoamericanos. Esto por dos motivos: en primer lugar porque los procesos sociales, políticos y económicos en los países que “exportan su sustancia demográfica” están, en una mayor o menor escala, vinculados con estructuras basadas en Estados Unidos: y, en segundo lugar, porque aquellas estructuras son intrusiones latinoamericanas, prolongaciones de su cultura y, por lo tanto, en mayor o menor grado partes integrales de América Latina. Con una mayor profundidad nos referiremos a esto más adelante.

En este contexto será muy apropiado recordar una de mis experiencias académicas mexicanas del año 1975. En mayo tuve la oportunidad de asistir a la conferencia del geógrafo y politólogo Jorge Vivó Escoto, en la UNAM, dedicada a la problemática fronteriza mexicana. Refiriéndose a la frontera norte indicó los extensos espacios de Texas, Nuevo México y California diciendo: “aquí en el año 2000 existirá un nuevo país llamado Chicania, que no será ni México ni Estados Unidos, sino una síntesis política y cultural de lo hoy fronterizo”. Por cierto, resultó que veinticinco años son muy poco tiempo para cambios tan radicales, sin embargo, Jorge Vivó supo prever tendencias que dieron pauta a los procesos demográficos, culturales y políticos en la región ya que la presencia latinoamericana allí se triplicó en este cuarto de siglo.

¿Qué tan al norte llega, entonces, en su expansión demográfica y cultural América Latina? En la realidad es una interrogación meramente

retórica. No hay necesidad de responderla ya que, de acuerdo con la premisa metodológica de dimensiones y alcances físicos y palpables por un lado y abstractos por otro, que se traducen en influencias directas o indirectas, pero no necesariamente presencias físicas, estas dimensiones serán numerosas y multifacéticas. A veces permitirán establecer redes de puntos territoriales clave y límites exactos, otras apenas detectar influencias políticas o culturales indirectas. Lo refleja bien aquella anécdota bastante conocida sobre un inmigrante del Viejo Mundo que ha llegado a un pueblecito del suroeste de Estados Unidos y, para aprender el inglés, se encierra en su cuarto escuchando un canal de televisión interesante de habla melodiosa. En dos meses más resultó que había aprendido español mexicano.

De todos estos lugares se remiten anualmente miles de millones de dólares a Cuba, República Dominicana, Haití y los demás países latinoamericanos. Entotal, en el 2003 el monto acumulado de las remesas superó los 30 000 millones de dólares (13 000 hacia México, 1 300 hacia Cuba etc.) en tanto que para el 2010, con tal de que se mantengan firmes las tendencias actuales, se pronostica un monto de hasta 70 mil millones de dólares. En vista de esto hay que plantear aquí una cuestión absolutamente básica: ¿quién depende de quién en mayor grado?, ¿las sociedades de los países latinoamericanos dependen económicamente (de las remesas) de Estados Unidos, o las sociedades y economías locales y regionales estadounidenses dependen del potencial humano procedente de América Latina? Hasta el momento no se ha planteado así la cuestión y ya es hora de hacerlo: pero imaginémonos que de la noche a la mañana desaparecen del suroeste de Estados Unidos todos los trabajadores y empleados latinoamericanos legales e ilegales. ¿Qué sucede? En América Latina, prácticamente nada, pero el suroeste de Estados Unidos se paraliza por completo. Desde la agricultura y la industria, hasta las innumerables organizaciones de derechos humanos que de repente quedan sin el combustible vital para su funcionamiento.

Las inquietudes intelectuales y los problemas de investigación que derivan y surgen de tales planteamientos caben al igual en los repertorios de los Estudios Latinoamericanos y en los de American Studies. Es imposible investigar actualmente a la sociedad mixteca desvinculándola del puente permanente migratorio y financiero mixteco-californiano, gracias al cual la ciudad de Los Ángeles se volvió parte integral de la Mixteca y de Tehuantepec. Pero tampoco es posible analizar las estructuras angelinas sin sus participaciones demográficas y culturales mexicanas y mixtecas y su infraestructura gastronómica específica, vinculada con el sur de México.

Finalmente, ya que el objeto de este análisis son los Estudios Latinoamericanos, hay que tener bien presente que las estructuras norteamericanas que los sustentan se vienen apoyando de manera creciente sobre los cuadros latinoamericanos. En el quincuagésimo Congreso Internacional de Americanistas, de entre los 230 participantes venidos de Estados Unidos la mayoría fueron latinoamericanos residentes permanentes o temporales de aquel país.

Para crear una panorámica general suficientemente expresiva nos hemos concentrado hasta el momento sobre evidencias empíricas claras. Sin embargo, quedan áreas en el campo de lo social, político y económico, que no fueron aquí mencionadas y que condujeron a reformular las relaciones bilaterales y, más ampliamente, las interamericanas, a niveles totalmente distintos a los existentes hace unos quince o veinte años. La pregunta sobre el NAFTA/TLC equivale, en la realidad, a preguntar por las relaciones entre las “dos Américas” en lo formal y, mucho más ampliamente, en lo informal de los nexos interamericanos. Hay que verlo a través de todo un complejo social, político y económico mexicano, pero inevitablemente con una perspectiva latinoamericana en el sentido más amplio posible. La constatación sobre el acercamiento entre las Américas ya resulta a estas alturas trivial e intelectualmente insuficiente. Hay que plantear otra clase, mucho más complicada, de cuestiones. Lo mismo en relación con el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), respecto del cual cada una de las partes contrincantes tiene sus cálculos y sus intereses y, por lo tanto, no se le pueden aplicar paradigmas y cánones de valores y de posturas de hace medio siglo o más. Y lo mismo, también, concierne a su análisis académico, sea latinoamericanista o americanista. Y ni hablar de la recientemente surgida y aclamada Comunidad Suramericana de Naciones.

Parece bastante lógico que las problemáticas aquí tratadas sean realmente importantes para los Estudios Latinoamericanos y tal vez no menos para los American Studies, aunque hasta el momento su presencia en los primeros resulta más que limitada. A mi juicio, desde la perspectiva latinoamericanista, hay por lo menos dos razones por las cuales todo este complejo problemático y temático aquí tratado debería pasar a constituir parte integral de los Estudios Latinoamericanos.

a) En primer lugar, por razones de carácter empírico y cognoscitivo formal. Ya que si consideramos que la América Latina, a pesar de las premisas formales políticas, trasciende el Río Bravo y se extiende más al norte; entonces no sólo no existe razón alguna para no tomar en cuenta elementos, fuerzas y factores que desde fuera del territorio formal latinoamericano influyen sobre los fenómenos y procesos en América Latina, sino que

hay que reconocer que todo lo latinoamericano (tal como fue considerado en los párrafos anteriores) en Estados Unidos y Canadá debe ser considerado como objeto potencial y apropiado de Estudios Latinoamericanos.

b) En segundo lugar, por razones netamente metodológicas. No tomarlo en cuenta equivaldría a una insuficiencia metodológica del análisis científico en numerosas áreas temáticas de estudio. Pero, a la vez, hay que tener presente que tal ampliación temática interamericanista implicaría aspectos asolutamente substanciales para el futuro de Estudios Latinoamericanos; primero, ofrecería una totalmente nueva e inimaginablemente rica ampliación del repertorio temático: segundo, crearía tanto la posibilidad como el imperativo de tomar en cuenta factores y condicionantes hasta ahora descuidados o subutilizados en los temarios tradicionales, lo cual permitiría una nueva y más amplia y completa interpretación; tercero, esto forzosamente implicaría nuevas relaciones de los Estudios Latinoamericanos con los American Studies en todos los aspectos de relaciones académicas, desde las conceptuales y temáticas hasta las formales. Esto, por cierto, exigiría (de ambas partes) una verdadera abolición o supresión de ciertas barreras, también psicológicas, lo cual no parece nada fácil. Dentro de este marco el problema del idioma, o sea de la *lingua franca* de cada una de las áreas de estudios americanistas no es nada despreciable. Tal vez, en la disputa por las prerrogativas lingüísticas de cada una se llegaría al debate sobre el "anti-estadounidismo" o antilatinoamericanismo. Ahora, en cuanto al "anti-estadounidismo", éste seguramente pudiera y debería ser un tema de investigación obligado, ya que hasta el momento la temática de la percepción y valoración de Estados Unidos y de la sociedad estadounidense en Latinoamérica casi no ha sido tratado.

Los dos aspectos ofrecen una complejidad de enorme importancia teórica en lo que respecta a la historia del conocimiento de esta parte del mundo. A mi juicio, la filosofía de los Estudios Latinoamericanos contemporáneos no fue tratada con suficiente atención y detenimiento. Se trabajó ampliamente sobre la filosofía de la historia latinoamericana, sobre la filosofía y la percepción de la identidad regional (identidades regionales), pero no nos ocupamos lo suficiente de cómo fue estudiada y conocida América, en tanto objeto de estudio que puede ofrecer variados y muy sofisticados objetivos y enfoques. Hasta el momento se practicaban los Estudios Americanos con una mayor preocupación por las temáticas y metodologías que por las bases teóricas y filosóficas del área de estudio. A los cronistas del siglo XVI, a los grandes viajeros y descubridores del XVIII y a los grandes forjadores del conocer moderno sobre América del XIX los veíamos principalmente como partícipes de la acumulación del

saber sobre el continente. Esto hay que complementarlo con una visión nueva. Hay que verlos como constructores y pilares formativos de una larga línea multicientenaria de la filosofía de estudios de América, de la cual hoy en día somos apenas herederos, en la mayoría de los casos poco conscientes. Es por lo tanto muy importante insistir en una nueva, más compleja, o por lo menos complementaria interpretación de este gran legado, para que el conocimiento sobre América empiece a sumarse a la gran aventura de la historia del saber universal.

BIBLIOGRAFIA

- Cerutti-Guldberg, Horacio, "Invitación a renovar (¿reinventar?) nuestra América (y los estudios que a ella se refieren)", *Revista del CIESA* (Polonia), 2000, pp. 178-184.
- Comas, Juan, *Cien años de congresos internacionales de americanistas*, México, UNAM, 1974.
- Dembicz, Andrzej, "Los estudios latinoamericanos y las Américas, o sea ¿es posible un latinoamericanismo interamericanista?", *Revista del CIESA* (Polonia), núm. 5 (2003)/ *Cuadernos Americanos*, núm. 101 (2003), pp. 26-39
- , "Estudios latinoamericanos en Polonia", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 72 (2002), pp. 179-194.
- , "Estudios latinoamericanos proyecciones difíciles", *Revista del CIESA* (Polonia), núm. 1, pp. 173-177
- Zea, Leopoldo, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978.